

dró que esperar ocho días, ocho días, que se rán para mí ocho siglos. Escribeme; mira que estoy dispuesta á ir hasta el rancho de los Cedros á encontrar al mozo, para que me dé las cartas y los encargos. Imagínate qué pena tendré si tú no me escribes.

Ya es muy tarde, acaban de dar en el reloj de la sala las doce de la noche, y no puedo seguir escribiendo. Ya escribí la otra carta, para que no te veas en el compromiso de leer ésta delante de tus tías, y así haré en lo de adelante. Dos cartitas: una para tí, y para todos, otra para mi Rodolfo.

Cuida mucho de tus tías, particularmente de doña Carmelita, piensa que la pobre está muy enferma, muy nerviosa, y necesita cariño y amor. Ya les escribo cuatro renglones. Dile á doña Pepilla que si tiene entre manos alguna obra grande, que me mande los avíos, que yo la ayudaré aquí; que tengo mucho gusto en ayudarla, que me sobra tiempo y puedo emplearlo en eso.

Dime lo que haces, en qué pasas el tiempo cuando sales del escritorio; dime si piensas en mí, si te acuerdas de tu Linilla que te quiere mucho, mucho, mucho, y sólo vive para amarte. ¡Adiós!

ANGELINA.

P. D.—¡Cuidado con no escribir! Te castigo, y no vuelvo á pensar en tí.

XXXVIII

La carta de Angelina fué para mi alma entristecida como el rayo de sol que disipa en valles y riberas las brumas que dejó la tempestad. Me sentí dichoso y feliz, feliz y orgulloso de ser amado. Algo como un soplo de primaverales vientos inundó mi alma y vino á reanimar mi desmayado corazón.

No quise recogerme sin escribir antes á Linilla. Todo reposaba en torno mío; por la ventana, abierta de par en par, entraban los aromas del jardín; el agua corría silenciosa por el sumidero del plón, y de cuando en cuando, anunciador de la estación florida, preludiaba un jilguero su amorosa serenata.

A media noche dejó la pluma, y leí y releí mi carta, seis pliegos escritos por las cuatro carillas. Presa de un desaliento inexplicable, metí los pliegos en el sobre. No, no decían aquellas páginas lo que sentía mi corazón; en vano me empeñé en transmitir al papel las impresiones que en mí produjera aquella carta; en vano luché por expresar la emoción de mi alma hondamente conmovida, la emoción sublime que, señoreada de mí espíritu, anudaba mi lengua, humedecía mis ojos y paralizaba mi pensamiento.

Desalentado, rendido de cansancio, me tendí en el lecho. A la incomparable alegría de un instante sucedió en mi cierto estado penoso, y procuré dormir.

Alguien ha dicho que el sueño es un anticipo que nos hace la muerte. Dulce y reparador después del trabajo; consolador y benéfico cuando el dolor hinea en nuestro pecho sus garras de milano; rico en imágenes y fantasías cuando está con nosotros la esperanza, suele ser esquivo, desdenoso, cruel, si cuando la felicidad nos sonrió, le pedimos, para completar nuestra dicha, un ramo de su corona de adormideras.

El sueño tardó mucho en venir. En tanto me dí á pensar en que próximamente tendría yo que separarme de aquella casa para ir á ganar entre desconocidos y extraños un pedazo de pan.

¿Qué harían sin mí las pobres ancianas? ¿Qué harían si yo me iba? Tendrían más dinero, es cierto; pero se quedarían solas, como abandonadas, sin más amigos que un viejo servidor, trabajado y achacosos; un médico tan pobre como ellas, y un domine que se moría de tristeza y de hambre.

Al irse Angelina fué preciso buscar una criada que viniera en auxilio de mi tía Pepa y de señora Juana. Pero, ¿con qué pagarle sus servicios? Mi sueldo, no siempre pagado con puntualidad, á causa de la mala memoria de Castro Pérez, y de mi timidez para reclamárselo, lo que ganaba mi tía con sus flores

y sus chiquillos, y lo que Andrés nos daba, era lo único que teníamos. Resolvimos suprimir un platillo en la mesa, y eso que la nuestra no era, por cierto, mesa de banqueros ni de príncipes.

Iba yo á ganar un buen sueldo; no sabía yo cuánto; pero, en fin, no sería tan exiguo como el que me pagaba el jurisperito. Tendría yo en la hacienda casa y comida; los tiempos mejoraban, y era del caso aprovechar la buena suerte; pero la idea de abandonar á mis tías, aunque fuese para atender á sus necesidades de un modo más amplio, me atormentaba, me llenaba de angustia, y no dejaba de aterrorizarme el pensamiento de que en el prometido empleo me sería necesario tratar con personas que no me estimaban, que acaso no me conocían, y de las cuales tendría yo que sufrir menosprecio y maltrato. Cuando se habla de la pretendida felicidad de los ricos, y se elogia la abundancia en que viven, el lujo que gastan, las comodidades de que disfrutan y el bienestar que los rodea, nadie acierta á señalar lo único que da á los mimados de la fortuna verdadera superioridad sobre aquellos que viven de un trabajo diario, penoso, y mal retribuido. No, no está su envidiable suprioridad en los respetos sociales, ni en la estimación pública que, aunque aparente y mentida, es poderoso elemento de felicidad, porque hace que todos les guarden consideraciones y respeto; ni está en la tranquilidad de una vida sin azares,—que también los tiene el rico, y grandes y terribles,—sino en la noble entereza que les da el dinero para rechazar los ultrajes, para no pedir á nadie ni favores ni indulgencia con menzuga del propio decoro. La pobreza rebaja de ordinario los caracteres, abate el espíritu, envilece el alma, la nivela con lo más abyecto, y sólo espíritus muy levantados, espíritus de sublime temple, salen ilesos de la prueba. Cuando solemos encontrarnos con seres mezquinos, con almas degradadas, para las cuales el respeto propio es vana palabra que, si llega á los oídos, no conmueve el corazón ni tiñe de rojo las mejillas, decimos: «¡Alma de esclavo!» Y sin quererlo pensamos en una vida de miseria que envileció el carácter y encanalló el espíritu. Digase lo que se quiera, esa nobleza es la única felicidad de los ricos. Por ella, sólo por ella, los admira el mundo. Todo lo demás que en ellos envidia la multitud, es como la corona de oropel que cife la frente de un comediante. ¡Noble dignidad, dignidad envidiable que pone á salvo las prendas más altas del corazón!

Observad á todos aquellos que vivieron una niñez miserable; en cuyo hogar faltó muchas veces el pan; que no tuvieron ropas para cubrir el demacrado cuerpo; que imploraron avergonzados la caridad pública,—y no como el mendigo, con serena franqueza,—sino ocultando la demanda en una frase lisonjera; que pasaron, poco á poco, de la timidez bochornosa á la súplica sonriente; de la petición insinuante á la explotación vergonzosa, de allí... á la tolerancia interesada; y vereis cómo, aunque estén en la opulencia, aunque la sociedad los mire y la fortuna les haya indemnizado de cuanto en un tiempo les negara, aún tienen en lo más escondido del corazón el vinagre y la hiel de la miseria. La pobreza desesperanzada imprime carácter, y en su seno se crían la soberbia hipócrita, la modestia burlona, la astucia dolosa que tiene flexibilidades de víbora, la ruindad intrigante, la maledicencia ponzoñosa, y la envidia exangüe que todo lo codicia y que todo lo afea.

En pos de esa noble dignidad corren todas las almas levantadas, alto el pensamiento, alto el corazón: el estudiante que se afana por conquistarse digno puesto en la sociedad; el mercader que gasta en el trabajo los años mejores de la vida; el menestral que lucha por conseguir vida independiente. El deseo de alcanzarla es la única disculpa que tiene la avaricia.

Mi padre quiso darme esa codiciada felicidad; no pudo lograr sus propósitos; pero de él heredé ese instinto de soberbia altivez con la cual rechazé en todo tiempo, de niño, de mozo y de hombre maduro, la humillación indigna, la represión inmotivada, el atropello brutal de quien se consideraba superior á mí. De mi madre heredé placida dulzura para la debilidad, sumisión respetuosa para todo acto de justicia legítima, tendencia irresistible para compadecerme del ajeno dolor, y cierta delicadeza femenil que me ha causado muchas amarguras...

Entregado á estas meditaciones pasé una hora; vino el sueño y vino dulce y halagador, como un amigo cariñoso que acude á nuestro llamado para darnos consuelo, para reanimar nuestro abatido corazón; como una hermana compasiva que se acerca á nuestro lecho, acaricia nuestra frente, entorna nuestros ojos, y nos invita á reposar porque sabe que padecemos y necesitamos descanso.

Al día siguiente después del desayuno dije á mis tías lo que pasaba. —¡Y te vas!—exclamó mi tía Pepa.—¿Te vas, y nos dejas? —Es preciso. Comprendo que esto ha de ser muy penoso para ustedes... lo comprendo, ya he pensado en ello; pero ¿qué hacer? —¡Ahora que estamos solas, cuando Angelina acaba de irse... cuando después de tantos años de ausencia has vuelto á nuestro lado? —Sí, tía, me iré y no por gusto; bien sabe Dios cuánto me duele esta separación... Pero no se afije Ud. Es necesario... Estoy obligado á... —¡A vivir con tus tías!—agregó interrumpiéndome. —Estoy obligado á subvenir á las necesidades de ustedes. —¿Y no te basta con lo que ganas en la casa de Castro Pérez? ¿Te pedimos algo que no puedas darnos? —No, tía, pero no puedo mirar tranquilamente la vida de trabajo que Ud. lleva. Andrés hace por nosotros cuanto puede, y el pobre puede poco. No me avergüenzo de aceptar sus favores, pero eso no debe seguir así, indefinidamente... Ya sabe Ud. que en la casa de Castro Pérez gano poco, y que no es posible ganar más.

—Pues yo creo que ahí está tu porvenir... No puede menos de sonreír al escuchar á mi pobre tía.

—¿Mi porvenir, dice Ud.? —Sí.

—No, tía; yo no me pasaré la vida escribiendo alegatos. Ese trabajo me mata; no por que sea rudo, sino porque es insuficiente. Prefiro las faenas agrícolas, la vida agitada de los campos que da salud y buen humor. La enferma permanecía silenciosa. Tía Pepa trató de convencerme de que no debía yo dejarlas; discutimos largamente el punto, ella viva, nerviosa, desatando todas las dificultades; yo, aparentando una serenidad que no tenía. Ni la anciana quería rendirse ni yo conseguía convencerla.

—Vamos,—exclamé—que mi madrina resuelva. —Sí, hijo mío;—contestó la anciana—eso me toca á mí. Pepa te quiere mucho y se le hace duro que nos dejes. Piensa tú, Pepa, que no estará muy lejos de nosotras; piensa que vendrá frecuentemente, y considera que allí, con Castro Pérez, no hará nada. Te irás, Rodolfo, te irás, y nos quedaremos muy contentas. No hablemos más. Vístete, que como te veo te juzgo, vístete, y vete á la casa de Fernández. No saldrás descontento, es una persona muy fina, ¡no es verdad, Pepa? —Así lo haré, tía. —Después te vas á la casa de Castro Pérez, y le avisas que dentro de veinte días, ó los que sean, según lo conveniente, tendrás que separarte de mí, y ya está!

Y agregó un poco trémula y conmovida: —Mira, siento que nos dejes, pero la razón me dicta que te deje ir, que no te impidamos lo que vas á hacer. Yo el mejor día me iré también, y no quiero que á la hora de morir me atormenten la idea de que por culpa nuestra has perdido un bienestar que nosotras no podemos darte...

XXXIX

Al día siguiente después del desayuno dije á mis tías lo que pasaba. —¡Y te vas!—exclamó mi tía Pepa.—¿Te vas, y nos dejas? —Es preciso. Comprendo que esto ha de ser muy penoso para ustedes... lo comprendo, ya he pensado en ello; pero ¿qué hacer? —¡Ahora que estamos solas, cuando Angelina acaba de irse... cuando después de tantos años de ausencia has vuelto á nuestro lado? —Sí, tía, me iré y no por gusto; bien sabe Dios cuánto me duele esta separación... Pero no se afije Ud. Es necesario... Estoy obligado á... —¡A vivir con tus tías!—agregó interrumpiéndome. —Estoy obligado á subvenir á las necesidades de ustedes.

—¿Y no te basta con lo que ganas en la casa de Castro Pérez? ¿Te pedimos algo que no puedas darnos? —No, tía, pero no puedo mirar tranquilamente la vida de trabajo que Ud. lleva. Andrés hace por nosotros cuanto puede, y el pobre puede poco. No me avergüenzo de aceptar sus favores, pero eso no debe seguir así, indefinidamente... Ya sabe Ud. que en la casa de Castro Pérez gano poco, y que no es posible ganar más.

—Pues yo creo que ahí está tu porvenir... No puede menos de sonreír al escuchar á mi pobre tía.

—¿Mi porvenir, dice Ud.? —Sí.

—No, tía; yo no me pasaré la vida escribiendo alegatos. Ese trabajo me mata; no por que sea rudo, sino porque es insuficiente. Prefiro las faenas agrícolas, la vida agitada de los campos que da salud y buen humor. La enferma permanecía silenciosa. Tía Pepa trató de convencerme de que no debía yo dejarlas; discutimos largamente el punto, ella viva, nerviosa, desatando todas las dificultades; yo, aparentando una serenidad que no tenía. Ni la anciana quería rendirse ni yo conseguía convencerla.

—Vamos,—exclamé—que mi madrina resuelva. —Sí, hijo mío;—contestó la anciana—eso me toca á mí. Pepa te quiere mucho y se le hace duro que nos dejes. Piensa tú, Pepa, que no estará muy lejos de nosotras; piensa que vendrá frecuentemente, y considera que allí, con Castro Pérez, no hará nada. Te irás, Rodolfo, te irás, y nos quedaremos muy contentas. No hablemos más. Vístete, que como te veo te juzgo, vístete, y vete á la casa de Fernández. No saldrás descontento, es una persona muy fina, ¡no es verdad, Pepa? —Así lo haré, tía. —Después te vas á la casa de Castro Pérez, y le avisas que dentro de veinte días, ó los que sean, según lo conveniente, tendrás que separarte de mí, y ya está!

Y agregó un poco trémula y conmovida: —Mira, siento que nos dejes, pero la razón me dicta que te deje ir, que no te impidamos lo que vas á hacer. Yo el mejor día me iré también, y no quiero que á la hora de morir me atormenten la idea de que por culpa nuestra has perdido un bienestar que nosotras no podemos darte...

La voz de la anciana iba siendo más débil cada día, y á la menor emoción se le apagaba hasta hacerse imperceptible. Para calmar á la enferma y dejarla tranquila le dí un abrazo y la besé en la frente.

—No, madrina, no hay que afigirse. Vendré á ver á ustedes cada ocho días, y además la hacienda de Santa Clara no está en el fin del mundo... Ya, ya ¡verá Ud. á su sobrino qué majo, y qué gallardo que viene, vestido de charro, en un caballo soberbio; ya verá Ud., tía Pepa, qué elegante y guapo estará con el pantalón ceñido, el jarano galoneado, la chaquetilla airosa y la pistola al cinto. Y taá, taá, taá... ¡Ahí está el rancho! ¡Ya llegó! Y entrará Juana, diciendo: 'Señora... vino el charro!' y Ud., tía Pepilla, vd. saldrá corriendo para recibirme y abrazarme, ó se asomará Ud. á la ventana para verme llegar, y ver á todas las muchachas que han de mirarme con tamaños ojos, como diciendo: '¿Qué reguapo!' Y entraré, sonando las espuelas, y ustedes se pondrán muy alegres... ¡oh! ¡Ahí está el chorro de pesos!

Sonreía la enferma, sonreía tía Pepilla, y yo me paseaba por la estancia afectando la gallarda apostura de un jinete admirable. Media hora después salía yo de la casa del señor Fernández. Presente la tarjeta del Doctor y fui recibido perfectamente. El hacendado me hizo pasar á su despacho, una pieza elegantemente ajustrada, y en dos por tres quedamos arreglados.

—La espero á Ud. el día quince. Vendrán por Ud. Mandaré un criado. ¿Tiene Ud. costumbre de montar á caballo? —No, señor; debo hacerlo como un colegial... Sonrió el hacendado,—y me dijo: —Amiguito, ya veremos... andando se aprende...

Después me habló de mi familia; de mis tías; de la enfermedad de mi madrina; de mi abuelo, á quien había tratado en no sé qué parte, y luego, en dos palabras me despidió. —Bien,—dijo—asunto arreglado! Ud. me perdonará... estamos de viaje... ¿Gusta Ud. de almorzar? Y se levantó y me condujo hasta la puerta. En esos momentos apareció la señorita. —¡Papá!

Sonrojose al verme y murmuró tímidamente: —Vd. dispense... —¿Qué quieres, Gabriela?—le preguntó el caballero.

—¿A qué hora hemos de salir? —Después de comer... á menos que tú quieras salir más tarde... Saludé, y me fui. ¡Linda criatura! Aún me parece que la veo con aquel vestido azul que parecía un girón de cielo; esbelta, donairo, elegante, sencilla, húmedos los rubios cabellos, que atados con una cinta de seda caían hacia la espalda sobre una toalla anchísima. ¡Nunca me pareció más bella!

(Continuará.)

AMOR PATRIO.

EL HIJO.

Voy á partir ¡oh madre idolatrada! Ya aquí la ley del patriotismo impera. Hoy me llama la patria desolada: Voy á morir al pié de la bandera.

Es la patria de Pringles valerosos, De San Martín, de Paz y de Belgrano, Que un trono levantaron poderoso Con el atlas del otro castellano.

La sangre por mis padres derramada, Aún en los campos de victoria hueca, Y la enseña de Salta desplegada Del Ande en las pirámides flamea.

Voy á partir de tu regazo amado Como la alondra que abandona el nido; Mas tu recuerdo vivirá sagrado Con el recuerdo de mi patria unido.

La voz de mi deber, madre, me llama, Voz que de fuego el corazón me llena, Grito que el alma de valor inflama, Que en Chacabuco aún suena.

Tú me enseñaste á amar enamorado El pabellón de Mayo desgarrado, Y hoy me aleja ese amor de tu mirada, Para buscar la tumba del soldado.

Mis padres generosos me dejaron, Como recuerdo de valor inmenso La sangre que en Suipacha derramaron, En Piedras, Cotagaita y San Lorenzo.

Es la sangre que heroica regenera, Vertida del combate en la aspereza, De una raza memoria daradera, Patrimonio inmortal de su grandeza.

¡Adios, madre querida! Ya me alejo Para buscar la muerte ó la victoria; Sumida en honda soledad te dejo, Mas á tus brazos me traerá la gloria.

Ya escucho el grito y el tropel ardiente, El bronce rueda y el clarín retumba... ¡Cubre ya con tus besos hoy mi frente, Y despues... con tus lágrimas mi tumba.

LA MADRE

Cuando llama la patria que, afligida, El grito escucha de venganza lleno, Su lamento acallando, dolorida, Debe la madre desgarrar su seno.

Para vencer al déspota sañudo Nació noble el soldado americano; ¡Parte á morir en el combate rudo; Envuelto en la bandera de Belgrano!

Hoy te llama la patria en su lamento, ¡Parte á blandir la generosa lanza, Que el amor de la patria es sentimiento Y el amor de una madre es esperanza!

¡Vas á morir! ¡Te alejas de mi lado! Dejarás, si, en mi alma cruel herida, ¡No poder ¡ah! abrazar tu cuerpo helado Y al calor de mis besos darle vida!

Parte á lidiar en pos de la victoria Que sólo el héroe conseguirla pudo; Con su laurel te ha de ceñir la gloria, Moribundo al caer sobre el escudo.

¡Esgrime altivo el argentino acero En los combates de Maipú templado! ¡Corre á vencer: que el lauro del guerrero No crece si con sangre no es regado!

Ya suena el eco del tambor batido. El pueblo grita con ardiente saña, ¡Adios! por siempre adios, hijo querido, La sombra de una madre te acompaña.

Es la voz de la patria, Dios lo quiere; Mi voz te da su bendición postrera; Vuelve con gloria ó en la lucha muere, Cual tus padres, envuelto en la bandera.

N. O.

(o)

Una misa de media noche.

(TRADUCCION DEL FRANCÉS POR M. M. K.)

ERA una noche fría de Diciembre durante lo más recio del reinado del Terror y persecución religiosa en Francia.

En el fondo de un almaceen de zapatos de la calle de Saint-Dominique un anciano sacerdote que había heredado de su padre aquel humilde taller, congregaba algunos fieles para prácticas piadosas usando de las mayores precauciones, porque la pesquisa era rigurosa, y la improvisada capilla quedaba vecina á la habitación de uno de los miembros del gobierno revolucionario, implacable enemigo de la religión.

Celebrábase esa noche la misa de Navidad. La puerta estaba cuidadosamente cerrada mientras que el incienso ardía en la estrecha pieza que se hallaba detrás. Un cómodo aparato cubierto con un paño muy blanco hacía las veces de altar; los ornamentos sacerdotales estaban á la vista y la pequeña asamblea compuesta de mujeres y de algunos hombres se hallaba piadosamente recogida cuando un golpe á la puerta, semejante al acostrumbrado por los fieles, llama su atención.

Uno de los presentes se adelanta á abrir: entra un hombre con paso inseguro. Para todos era éste una figura nueva en aquel lugar, pero para algunos demasiado bien conocida; era nada menos que el hombre público que se había mostrado enemigo tan acérrimo de las uniones de católicos. Se puede, pues, pen-

sar la impresión que causaría en aquellos momentos.

La majestad del sacrificio no fué por esto de ningún modo interrumpida; pero la ansiedad se apoderó de los circunstantes. ¡No tenía cada uno que temer por sí, por los suyos, y por el buen pastor más expuesto aún que el rebaño?

Con aire severo pero tranquilo y frío asistió el convencional desde el principio hasta el fin de la misa. Cuanto más ésta avanzaba más se oprimía el corazón de los fieles á la idea del desenlace final.

Así que todo hubo concluido y que las luces iban poco á poco extinguiéndose, los asistentes se fueron deslizando uno á uno con gran precaución. Luego que todos hubieron salido avanzó el extranjero hacia el padre que le había reconocido, y le esperaba con una calma estoica.

—Ciudadano sacerdote, le digo, tengo algo que decir.

—Habla, hermano.—¿En qué puedo servirte yo?

—Vengo á pedirte una gracia á pesar de comprender que es ridículo en mí el solicitarte. Siento que la sangre se me sube al rostro, ved, ved, no me atrevo á proferir una palabra.

—No me parece que mi persona ni mi ministerio puedan ser capaces de turbarte, dijo el Padre, pero si algún sentimiento de piedad os guía hacia mí...

—Ah, no! seguramente; yo no conozco nada de religion ni quiero conocer tampoco; soy de los que más la han perseguido; pero por desgracia tengo una hija...

—No veo en eso desgracia ninguna, interrumpió el Sacerdote.

—Atended, y vereis. Nosotros, hombres de principios, inflexibles en hacer seguir á los demás las ideas que nos hemos formado, somos las víctimas de nuestros propios hijos; vacilamos y nos rendimos como niños ante sus súplicas y lágrimas. Tengo, pues, una hija que educó tratando de hacer de ella una mujer honrada y una verdadera ciudadana; fué mi mente formarla á mi estilo, pero me he engañado miserablemente; no he conseguido mi propósito.

Se aproxima para ella un momento solemne. Antes de terminar el año debe casarse con un excelente jóven que yo mismo le he elegido para marido. Todo iba perfectamente. Los jóvenes estaban de acuerdo; yo, al menos, así lo creía, y los preparativos hechos para la ceremonia que debía tener lugar en la comuna, cuando esta noche, mi hijo, se me echa á los pies pidiéndome que difiera el casamiento. Sorprendido lo levanta.

—¿Qué, no estás conforme con la boda! le dije.

—Sí, papá, replica, pero no me quiero casar todavía.

Obligada por las preguntas que le hice concluyó por confesar la infieria que ocasiona su resistencia. Quiere aplazar su enlace en la esperanza de que vendrá el día en que pueda hacer bendecir su unión por la Iglesia.

Me encolericé al principio, pero poco á poco me fueron desarmando sus lágrimas y súplicas, y las muchas buenas razones que me daba: Que su finada madre se había casado per la Iglesia; que el respeto á su memoria la exigía esta acción piadosa; que no se creería casada si no lo hiciera al pié del altar; en fin, que prefería más bien quedarse soltera por toda su vida; de modo que triunfó obteniendo de mí que proceda de manera opuesta á mi regla de conducta. Ella misma me ha indicado este lugar con lo que á haberlo sabido unos días ántes no hubiera sido impunemente para vosotros. Teneis, pues, delante un perseguidor vuestro que viene á buscaros para pedir querais bendecir, según vuestro culto, la unión de su hija. ¿Queréis?

El digno Padre respondió: —Mi ministerio es ajeno á rencor; no tiene exclusion ninguna. Me complace vuestro pedido, solamente siento que el padre sea hostil al proyecto de su hija.

—Os equivocais; comprendo todos los sentimientos; el de una hija que quiere ser casa,